

LOS TIEMPOS CAMBIAN

La evolución a que están sujetas las costumbres, y los conceptos de la vida, motivada siempre por la diversidad de los tiempos que se van sucediendo, nos inclina, a los que ya contamos dos épocas, a creer que con el traspaso de una a la otra salimos perdiendo factores ya sean morales o materiales. Aunque esto será debido, quizá, a aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor, y no se quiera admitir la realidad del presente.

El caso es que cuando pienso en las veces que, cuando joven, veía llegar al médico a mi casa, solicitado por enfermedad de alguno de la familia y lo comparo con los momentos actuales, en si alguna vez tenemos necesidad de él, me hace el efecto de haber perdido un poco a un amigo. Algo así como si antes los médicos fueran para los enfermos y hoy éstos para los médicos.

Si no ocurría nada grave, su visita era familiar, además de alentadora. Era lo que se llamaba el médico de cabecera. El solo hecho de prescribir la pócima necesaria, allí en la misma casa, rodeado de los familiares del enfermo, oyendo sus palabras que aseguraban que aquello no era nada y que con aquella medicina pronto se restablecería; que al día siguiente volvería, seguro ya de encontrar al paciente bajo los efectos bienhechores de la composición prescrita antes, y que ya podrían charlar un rato de cualquier pasatiempo como política, fútbol o colección de sellos; este sencillo acontecimiento hablaba por sí solo de la genuina representación familiar que en los hogares ostentaba el médico de cabecera.

Al día siguiente el doctor volvía a la hora fijada. La casa se ponía toda atenciones para con él. Auscultaba al enfermo; le hacía pronunciar marcadamente: «carretera» o «treinta y tres». Le hacía mostrar la lengua, al tiempo que aseguraba no

ser nada aquella dolencia. Sigían con la misma medicina (ahora se llama tratamiento) y mucho calor de sábanas. Esto, esto es lo mejor.

Y así, la enfermedad se convertía en algo benigno a la par que en lenta. Pero lenta en el sentido de que ni el médico llevaba prisas para dar de alta a aquel enfermo y ya no comparecer, ni el enfermo las llevaba en salirse de la cama. Faltaba aún el momento de que el paciente le dijera al doctor, si aquel era ya de un poco de edad, de que ya pensaba en no poder hablar más de política con él, (cosa que nunca había pensado). Y esto era la trabazón para precisamente empezar a charlar que si Cánovas o Sagasta o lo de más allá. El médico, que como el enfermo no llevaban prisas, tenía tiempo suficiente para atender a sus pacientes en el mismo hogar y, por añadidura, hablar con todos ellos a cada cual de sus gustos. Y todos vivían tranquilamente!

¡Cuán lejos se van quedando aquellos tiempos!

Ahora los enfermos acuden en tropel a sus consultorios y todos saben discutir al dedillo de enfermedades, de tóxicas, de vitaminas, de metabolismo, etc. etc. A mi, dirá uno, me dolían mucho las orejas y me han ido estupendamente unos supositorios. ¡Ah!, pues yo tenía unos callos que me martirizaban horrosamente y me mandaron sacar las amígdalas, comentará otro

Cuando les toca el turno de entrada, no suele ser el médico, muchas veces quien primero pregunta. Lo es el visitante, quien sacándose un envoltorio vacío de cualquier producto farmacéutico le disparará al galeno: «esto es lo que prescribieron a un amigo mío que le dolía mucho la espalda y como a mi también me duele, por esto vengo a que me extienda el papel que por triplicado se precisa para la obtención de este pro-

ducto.

¿Qué partido tomar, pensará el doctor, mitad indignado, mitad complaciente? Si es la panacea que Vd. mismo se brinda para su dolencia, allá va. Y en estas circunstancias ya no puede haber otra cosa, ni diálogo como antaño, porque la casa está llena de pacientes y la prisa, esta dolencia general que nos aqueja a todos, les empuja a despachar con el médico cuanto antes.

Y porque la prisa empuja al que estas líneas escribe es por lo que puede ponerse punto final, no sin antes dejar de pensar en aquel venerable médico de cabecera, tan familiar, tan comunicativo, tan consubstancial con los hogares y que los tiempos modernos nos lo están arrebatando.

Lorens

Electricidad - Lampisteria
Calafacción - Saneamiento
MUCHOS LE DIRAN QUE
PUEDEN HACER UNA
INSTALACION, PERO VD.
DEBE ASEGURARSE QUE
SE PAN HACERLA
Exija referencia y garantías
JUAN PUIG
Verdaguer, 13 - Teléfono 161
RADIOS
DE LAS MEJORES MARCAS
Reparaciones de Radio por personal técnico
DISCOS
con las ULTIMAS NOVEDADES

Si quiere alegrar su hogar
un "TELEFUNKEN"
tiene que comprar.
AL CONTADO Y A PLAZOS
Establecimientos
I. Roca
TELÉFONO 239

Barbería **BASART**
Imp. BARNÉS - Palamós



GRAN LICOR
ESTOMACAL
BONET

30 años ha

Semana del 23 al 29 de
Noviembre de 1924.

La compañía Torner-Baró representó con estimable discreción y ante un no muy numeroso público la obra de Andrés Prada «Más allá del amor» y la farsa de Santiago Rusiñol «Gente bien».

En el cine Novedades se proyecta, en dos jornadas, la gran película «El prisionero de Zenda».

La sociedad «La Gran Peña» conmemoró con un baile extraordinario el décimo aniversario de su fundación.

Durante toda la semana ha llovido intensamente, reinando en el mar fuerte temporal de levante.

En partido de campeonato, contendieron en el campo del Ateneu Deportiu, el equipo local, con el Escala F. C. Vencieron los propietarios por 2 a 1 después de un encuentro muy aburrido, por la poca calidad del juego desarrollado por ambos contendientes. Formaban en el equipo del Ateneu: Soler, Miró - Román, Maurez II - Palahí II - Gimbernat, Casanovas - Serra - Carreró - Buxó y Prujá. A. M.